

INTRODUCCIÓN



HISTORIA DE LA PROVINCIA DE MÉXICO

Desde la fundación ~~(hasta el Concilio)~~

1883 - 1938

Consuelo Armida, rscj
Luz Gutiérrez Hermosillo, rscj
Margarita Name, rscj
Margarita González, rscj
Marina Sahagún, rscj
Cristina White, rscj

INTRODUCCION

Somos producto del pasado. Todo lo que aquí y ahora tiene vida y esperanza, lo que cambia y se renueva, y aún lo que se limitación y carencia, nos viene - a través del tiempo- desde nuestras raíces.

Por eso es importante asomarse al pasado. Conocerlo para conocernos. Entender el ayer para explicarnos el hoy. Mirar los rostros que nos han precedido y descubrir en ellos los rasgos que se repiten para acabar de captar nuestro propio rostro en el espejo.

Asomarse al pasado como quien vuelve las páginas del álbum familiar que, en lo concreto de una sonrisa, una actitud o un paisaje, nos va entregando la Historia.

Hace cien años y más... Las primeras páginas – viejos daguerrotipos en tonos sepia, amarillentos ya- nos revelan fisonomías recias, mujeres intrépidas que no temen el riesgo, que se lanzan más allá, a través de un panorama incierto, sombrío a veces, con un sentido de la prudencia y de la eficacia, y con una paz “que no son las del mundo”.

Distancias de miles de kilómetros, comunicaciones difíciles, lengua y cultura diferentes, leyes que les son contrarias, enemigos misteriosos, amigos desconcertantes, juventud e inexperiencia de muchas... Nunca estas cosas se consideran barrera, sino más bien gajes del oficio y consecuencias de una opción, insuficientes en todo caso para hacerles perder no digamos ya el valor, sino ni siquiera el humor...

Tributarias de su época, aceptar, tras los sobresaltos del gobierno sectario, la protección de la dictadura, sin cuestionar propiamente sus estructuras, pero interpelando desde el Evangelio los comportamientos concretos y buscando, de alguna manera, equilibrarlos.

Su llegada hace impacto donde quiera que plantan su tienda en nuestra Patria. Y su presencia es significativa en la sociedad en que se ubican... Ellas lo encuentran natural: para eso han venido; es para eso que llevan en las manos el fuego que han sacado de Aquel Corazón.

LA FUNDACIÓN

La Sociedad del Sagrado Corazón, fundada por Santa Magdalena Sofía en el año de 1800, siente muy pronto la llamada del Señor a trascender las fronteras para abarcar el mundo. Ya en 1810, Filipina Duchesne experimenta en la oración el impulso de *revelar el amor de Cristo* hasta los confines de la tierra. La Madre Barat reconoce en ese deseo el sello de Dios y, en respuesta a la comunicación de Filipina, le confía: *Aún antes de que yo conociera nuestra pequeña sociedad, el deseo de llevar el nombre del Señor a las naciones infieles estaba en el fondo de mi alma*. En tono convencido, casi profético, le asegura que su atractivo será realidad un día. Efectivamente, a una petición de Monseñor Du Bourg, obispo de Louisiana, en 1818 –muy tarde para los deseos de la Madre Duchesne, pero demasiado pronto para lo que la sabiduría humana hubiera aconsejado a la joven Sociedad- Santa Magdalena Sofía da su consentimiento y un pequeño grupo de misioneras cruza el Atlántico extendiendo al continente americano el campo apostólico de la Sociedad.

El sueño de Filipina empieza a realizarse. No sin grandes dificultades y sufrimientos que ella recibe como una enamorada de la Cruz de Cristo. Van surgiendo de este alumbramiento las casas de Saint Charles, Florissant, Grand Coteau, Saint Louis... Viene más tarde un breve tiempo –delicia de su alma misionera- pasado entre los indios potowatomies. Y luego, los años oscuros, silenciosos, tal vez los más fecundos, en los que tiene el consuelo de ver cómo aquella tierra que a ella le tocó roturar, florece en grandes figuras de religiosas que continuarán su obra, como las madres Regis Hamilton, Aloysia Hardey y tantas otras. La víspera de su muerte tiene todavía el gozo de bendecir a la M. Anne du Roussier que repetirá su hazaña en las tierras lejanas de Chile.

Bien lejanas, en efecto, las nuevas tierras ofrecidas al celo de la Sociedad. Un viaje indescritiblemente difícil y pintoresco a través de Centroamérica y a lo largo de todo el Cono Sur la lleva finalmente hasta Santiago de Chile, en el otoño de 1854. No sólo era éste, para la Sociedad, el cabo del mundo, sino además la cuna de una obra fuera de lo habitual: desde el primer momento, la Maestranza es una escuela Normal y poco después, en 1859, se abre otra en Talca; el carisma educador de Santa Magdalena Sofía se labra así un cauce a más vastas lejanías a través de estos “multiplicadores”.

Cuando la M. du Roussier vuelve a París, aporta al Consejo General de 1864 la rica experiencia de su misión fascinante, de su lucha continua ante las dificultades políticas. No en vano decía la M. Barat, aludiendo a las andanzas de Anne durante la revolución de 1848 en Turín: *He aquí que Cavour y demás nos las envían ya avezadas a la persecución que nos espera...* Las madres del Consejo no se cansan de escucharla y la anciana fundadora la retiene un poco más a su lado: *No te marches sin haber enseñado a mis asistentas generales todo lo que has visto y aprendido en los dos mundos...*

Más tarde, en 1874, al lado de las normales y de los tradicionales internados y escuelas gratuitas, la fundación de Chillán logra por fin realizar el deseo de acercarse a la población rural, de llegar al menos a los indios. La acogida de la población es sencilla y pintoresca: un jefe araucano, al dejar a sus hijas en el colegio, les recomienda una conducta ejemplar, so pena de casarlas con el hombre más feo de la tribu. Toda la historia de la M. du Roussier está entrecruzada de viajes a cual más aventurero e intrépido, cruzando la cordillera y atravesando los ríos. De vez en cuando los terremotos reducen a ruinas las construcciones, pero no hay nada que pueda detenerlas.

En 1876 la Sociedad llega al Perú con la apertura simultánea de una Escuela Normal del Estado y un internado en la ciudad de Lima. Y en 1880, año de la muerte de la M. du Roussier, la Sociedad llega a Buenos Aires, Argentina, en plena guerra civil, donde abre además de las escuelas habituales, un orfanato y, cuatro años después, una fundación en el campo, en Almagro.

Estos son los enclaves de la Sociedad del Sagrado Corazón en América Latina en el momento en que se plantea la fundación de México, si bien la primera fundación latinoamericana había sido hecha varios años atrás, en 1858 en La Habana, formando parte de la Vicaría de Estados Unidos.

La fundación de México, propiamente dicha, tiene su prehistoria. La M. Perdreau hablaba ya de aquella Ofelia, alumna de la rue de Varennes, cuyo celo por hacer conocer el Corazón de Jesús en su patria hizo exclamar a la M. Barat: *Por el alma de una niña hubiera yo fundado la Sociedad*. Más tarde, en la Habana o en Manhattanville, otras alumnas mexicanas empiezan a inclinar el corazón de la Sociedad a nuestro país, principalmente las hermanas Lozano, que entran al noviciado de Conflans en 1875 y las dos Núñez: Adela y sobre todo Rafaela, que trabaja sin descanso por ello.

Desde el año de 1873 empiezan las gestiones para obtener la fundación de una casa del Sagrado Corazón en México. El R. P. Artola, S.J. se hace en París el portavoz de los deseos de algunos miembros de la jerarquía eclesiástica y de grupos de seculares interesados en este asunto. Ante el panorama de inseguridad e inestabilidad política debido a las leyes persecutorias del país, la R. M. Goetz juzga prudente diferir su consentimiento. La negativa no es rotunda, dejando así abierto el camino para mejores tiempos.

Por su parte, Monseñor Antonio Labastida, obispo de Puebla desde 1855 y Arzobispo de México a partir de 1863, desterrado del país por su oposición a las Leyes de Reforma, conoce en el exilio a la Sociedad del Sagrado Corazón en Manhattanville, donde la M. Hardey, superiora, le ofrece hospitalidad durante un año. A su ya antiguo deseo de llevar a su diócesis una congregación de enseñanza, se une la amistad y el afecto por la Sociedad y pide nuevamente la fundación. A su petición se adhieren varias Antiguas Alumnas, educadas en el Sagrado Corazón en Europa y los Estados Unidos.

La Madre General, R.M. Lehon, aprueba el proyecto y a principios de 1883 escribe en este sentido a la R.M. Mary Elizabeth Moran, superiora de Grand Coteau y vicaria de Louisiana.

Al recibir su misión, esta Madre ha acumulado una experiencia humana y religiosa que le será muy útil. Nacida en Nueva Orleans en 1836, queda huérfana a los 14 años, al morir su madre víctima de su caridad con los enfermos contagiosos. Grand Coteau las recibe entonces, a ella y a su hermana Kate y poco tiempo después, asistiendo a una ceremonia de Primeros Votos percibe el llamamiento del Señor. A los 17 años, después de haber obtenido el Premio de Excelencia, entra al Noviciado a donde la sigue poco tiempo después su hermana. De naturaleza reservada y de escasa salud, tiene sin embargo una vida extraordinariamente activa y no sólo por haber pasado sucesivamente por todas las clases y empleos, acumulando a veces varios de ellos, sino por haber tenido que enfrentar momentos especialmente difíciles, sobre todo durante la Guerra de Secesión en la que por dos veces desafía a soldados armados: una para impedir que la tropa invada el colegio lleno de niñas, otra para salir en busca de provisiones pues se padecía de hambre. Al lado de estas experiencias duras, estaba la emoción y el gozo de haber sido testigo de un milagro obrado por S. Juan Berchmans en la persona de una de sus novicias. La aventura de México, pues, la encuentra con el alma templada por la vida, a punto y disponible para la obra de Dios.

La R.M. Lehon en su carta sugería un viaje de investigación en el que la acompañarían la secretaria, la M. Kate O'Reilly y la M. Stanislas Tomassini cuyo conocimiento del español la hace preciosa para la empresa. Nadie mejor que esta Madre, pieza clave en todo el proceso de la fundación, para relatarnos los hechos:

“Nuestra Madre General – dice ella en sus notas- envía a la Madre a México como investigadora; yo debo acompañarla como intérprete, y para no retardar la obra, en caso de hacerse, la M. Moran quiere partir cuanto antes. No sabiendo hacia dónde dirigir sus pasos, me pide que en primer lugar escriba a Monseñor Labastida la decisión de la Casa Madre, pidiéndole renueve la invitación de establecernos en su diócesis. Mientras la Madre habla, me parece oír las palabras de Monseñor en Manhattanville: “El Sagrado Corazón vendrá a México y usted será de las fundadoras”.

La carta parte en seguida, pero la respuesta se hace esperar... ¿Qué hacer? Ante el peligro de que declaren una cuarentena que cerraría las fronteras, el grupito se decide a embarcarse el 14 de abril en Morgan City rumbo a Veracruz.

El secreto más absoluto debe rodear este viaje, tanto en México como en los Estados Unidos, pues hay que tomar todas las precauciones posibles. Desgraciadamente una antigua alumna que hace el mismo recorrido reconoce a la Madre Vicaria y se extraña de nuestro insólito disfraz. Es preciso revelararle todo, pidiéndole discreción, cosa que promete con toda seriedad, pero que no le impide, una hora después hablar confidencialmente con otro pasajero mientras ambos nos miran significativamente. Pasamos ocultas en el camarote la mayor parte del tiempo, pero no podemos evitar que, hacia el fin de la

travesía, dicho pasajero se nos acerque identificándose como un antiguo visitante de Manhattanville. Se trata de un político mexicano, antiguo secretario de Comonfort y amigo del presidente González, enemigo y perseguidor de la Iglesia. "El presidente y los francmasones estarán informados de nuestra llegada antes de que pongamos un pie en México", digo a la Reverenda Madre, y por desgracia así fue.

El viernes 20 de abril avistamos Veracruz. Inmediatamente nos reunimos para suplicar al Corazón de Jesús acepte y haga fructificar todo lo que vamos a emprender. Habíamos cablegrafiado a Monseñor Labastida pidiéndole nos hiciera buscar en Veracruz. Una vez en el puerto, todos los pasajeros empiezan a bajar y nosotras no sabemos qué hacer... En eso una pequeña embarcación viene a acostar la nuestra y vemos subir a damas que nos miran fijamente y luego en todas direcciones como para asegurarse de que nadie las observa; entonces se acercan a nosotros, diciéndonos con disimulo: "Venimos de parte del arzobispo, que nadie sepa quiénes son ustedes". Con gran alivio las seguimos y ya en el camino nos explican que Monseñor había recibido nuestro cable la víspera en la noche e inmediatamente les había suplicado vinieran a recibirnos. Una de ellas, la señorita Andrade, tenía su propio plan sobre nuestras personas. Por el momento no ha podido prepararnos otra recepción que la de pedir a una de sus amigas que nos aloje esa noche en su casa. Al llegar allá comienzan las dificultades: la señora de la casa insiste en que nos quitemos el sombrero "sin temor al fresco de la noche, pues no es la estación de las fiebres". Como podemos rehusamos descubrir nuestras cabezas acostumbradas al hábito, alegando "las costumbres de los Estados Unidos, donde las señoras no se quitan nunca el sombrero".

Se establecen los primeros contactos en el país: los platillos de la cena condimentados en exceso, las cucarachas y otros insectos tropicales en la recámara; los trajes pintorescos y los vendedores ambulantes por las calles de Veracruz a la mañana siguiente y, durante el viaje en ferrocarril, "... el paisaje más bello que se pueda imaginar, excepto tal vez el de los Alpes, y aún no sabría decir si éste no lo supera."

Hay sentimientos —continúa— que son demasiado profundos para expresarlos: así los míos cuando el tren pasó cerca de la Basílica de Guadalupe, con la que había soñado yo toda mi vida. A los nueve años me conmovió tanto la historia de las apariciones a Juan Diego que me la aprendí de memoria. Toda mi vida pasa ante mis ojos como un panorama de la Providencia de Dios que va ligando poco a poco a este querido país y a esta Virgen dulcísima mi existencia. Desde mi amor instintivo, aún de niña, por todo lo de México, primero en mi corazón después de mi Italia. Luego, a mi llegada a América, la decisión de nuestras Madres de hacerme aprender español y, más tarde, mis primeras alumnas de catecismo que resultan ser mexicanas, una de las cuales, Rafaela Núñez, no ha dejado nunca de escribirme. Y cómo Dios se sirve de la Revolución para enviar a Manhattanville al obispo de Puebla, permitiéndome serle útil puesto que soy la única que habla español en la comunidad. Y ahora, en 1883, su profecía de 1860 se

realiza... Y al escribir esto en 1913 (unos días antes de morir) puedo decir que amo a este país con el mismo amor ferviente y fuerte que en 1883.

En México las fundadoras se alojan en casa de las señoritas Andrade, en la calle de Plateros –hoy Madero- número 10. Un alojamiento bastante exiguo e incómodo, cosa que las religiosas reciben con acciones de gracias, como una bendición sobre la empresa y con alegre sentido del humor. Y por fin, al día siguiente tiene lugar el encuentro con Monseñor Labastida. Dejemos de nuevo la palabra a la M. Tomassini:

Llegamos al palacio archiepiscopal, vamos directamente a la capilla. ¡Con qué fervor oímos esa primera misa en nuestra misión! Al terminar subimos a la sala del trono, no inferior en belleza a la sala del mismo nombre del Vaticano. Monseñor entra y me tiende los brazos, pero yo me retiro y le presento a mi Superiora, venida –le digo- para la fundación. Monseñor nos explica la cuestión de las cartas perdidas. “No me extraña, dice con tristeza, mi correo es registrado continuamente. A veces me veo obligado a servirme de otras personas para enviar ciertas cosas”. El arzobispo habla también de las dificultades de las órdenes religiosas y nos confía que el Presidente González y los francmasones de su partido están enterados de nuestra llegada desde el primer momento y que tenemos ya enemigos listos para aprovechar el menor pretexto en contra nuestra... Y con esto, nos da consejos paternales, se emociona recordando a las Madres que conoció en el destierro... Pero guarda una extrema reserva en cuanto a nuestro establecimiento en su diócesis. Estamos al respecto en la misma incertidumbre que al emprender el viaje... Es verdad que Monseñor ha puesto la ciudad a nuestra disposición para que escojamos lugar y modo de nuestro trabajo.

Las fundadoras habían contado con la ayuda material y el apoyo del obispo, y cuando la prudencia aconseja a éste una línea de conducta más bien desconcertante (que se revelaría más tarde como acertadísima, dadas las circunstancias políticas), las religiosas no pueden menos que resentirlo dolorosamente. Contaban también con el apoyo espiritual de algunos jesuitas conocidos, pero éstos saben bien que son apenas tolerados en el país y se comportan con una calculada frialdad que es todavía más decepcionante. Por el contrario, las antiguas alumnas acuden en seguida a ponerse incondicionalmente a disposición de las Madres. Una de las primeras, Concha Lascrain, de la que escribe la M. Tomassini: *“esta madre de ocho hijos, cuya hija mayor no tiene aún diez años, fue en el colegio una de esas queridas insoportables para las que el Sagrado Corazón fue fundado...”* La paciencia de sus maestras había hecho por fin aflorar sus buenas cualidades y su gratitud por ellas es inmensa. Con ella llega Rafaela Núñez, que tanto ha trabajado para obtener la fundación. Ambas conducen el grupito fundador a los pies de N. Sra. de Guadalupe a la que monseñor Labastida no sólo ha permitido sino ordenado visitar; en “La Villa”, a la consolación espiritual del encuentro con la Madre se une el descubrimiento de la fe sencilla del pueblo: las peregrinaciones, los danzantes, las oraciones en alta voz las impresionan profundamente.

Durante tres meses las religiosas investigan, buscan, establecen contactos. En una ocasión deben acudir a una Hacienda cuya dueña exige esta visita como condición para obsequiar una casa para la fundación. Al llegar, se encuentran con una gran recepción y gran número de personajes importantes, entre los cuales el apresurado disfraz de las Madres hace una triste figura. Alguien alerta a la M. Tomassini sobre el verdadero objetivo de la reunión: algunos personajes políticos querían estar seguros de que se trata de religiosas y obtener alguna prueba de ello... Sin tiempo de advertir a las demás, la Madre se lanza a hacer gala de tanta alegría y verbosidad que, en vez de las pruebas deseadas, los políticos en cuestión sacan de allí un mayor desconcierto.

La temporada en casa de las señoritas Andrade está "llena de méritos para el cielo...", dice la cronista. En todo caso queda absolutamente claro que la colaboración con ellas en su colegio de niñas es absolutamente imposible. La M. Moran decide abrir por su cuenta y riesgo un pensionado según el espíritu de la Sociedad o bien, regresar temporalmente a la Luisiana. Así lo escribe a la M. Lehon quien, en su respuesta, parece inclinarse más bien por lo segundo. Entonces sí Monseñor Labastida actúa con decisión y escribe a la Madre General: *"Tomo sobre mí toda la responsabilidad de este asunto"* Para establecernos nos sugiere el antiguo convento de las Hermanas de la Caridad, que él mismo acaba de vender al Presidente González, en la Plaza de Villamil. *"Cosa que no deja de tener cierta gracia picante: ¿establecer nuestro colegio en la casa del mismo que quiere expulsarnos!"*

El 1º de agosto de 1883 se establecen en el edificio de Villamil, que está por cierto en pésimas condiciones, y a fines de ese mes pueden ya recibir a las primeras niñas, así como a algunas estudiantes mayores, admitidas en grupos separados. A lo largo del año, nuevos grupos de rscj van uniéndose a las fundadoras. A finales de 1883, la primera comunidad de México queda constituida de la siguiente manera¹:

	Nacimiento	Profesión	Llegada a México
MORAN, Mary Elizabeth Profesa de coro	13 marzo 1836 New Orleans	19 marzo 1862 Grand Coteau	21 abril 1883
TOMASSINI, Ma. Stanislas Profesa de coro	13 marzo 1827 Parma	25 mayo 1854	21 abril
O'REILLY, Kate Profesa de coro	5 marzo 1852	6 marzo 1880	21 abril
FESSER, Manuela Profesa de coro	29 octubre 1839 Londres	15 agosto 1872 Kenwood	24 julio
TRELLES, Natividad	10 enero 1853 Sancti Spiritu, Cuba	12 septiembre 1880 Grand Coteau	24 julio
SAINT PIERRE, M. Euphemie Profesa Coadjutora	16 septiembre 1829 Canadá	20 noviembre 1870 La Habana	24 julio
MURPHY, Mary Profesa de coro	5 octubre 1854	25 agosto 1872	15 octubre

¹ Catálogo de la casa de Grand Coteau

HASTHAUSEN DE, Antonia Novicia de Coro	3 mayo 1852 Worden, Westfalia	(13 agosto 1889)	15 octubre
BARILLAND, Claudine Profesa Coadjutora	4 febrero 1844 Marche, Haute Vienne, Francia	30 junio 1876	15 octubre
JORDAN, Agnes Aspirante de coro	17 agosto 1856 Quebec, Canadá	(25 marzo 1885)	20 octubre
CAUNA DE, Hedwige Aspirante de coro	4 octubre, 1858 De Cauna, Francia	(15 agosto 1886) Maison Mère	20 octubre
CORREJOLLES, Gabriela Aspirante de coro	4 marzo 1859 New Orleans	(15 agosto 1888) Maison Mère	20 octubre
PEREZ, Mariana Aspirante de coro	21 junio 1860 Alquízar, Cuba	(15 agosto 1888) Maison Mère	20 octubre
MARIE, Monique Aspirante coadjutora	16 diciembre 1825 Canadá	(6 mayo 1886) México	20 octubre
MAJO, María Aspirante de coro	7 abril 1863 Garrigolla, Gerona	(13 agosto 1889) Maison Mère	17 diciembre
ALAMENDI, Raimunda	Borambo, Prov. Vascas España	(30 marzo 1891)	20 diciembre

Amén de las incomodidades materiales, la prudencia exige a las religiosas, durante los primeros mese, otros sacrificios antes desconocidos para ellas: no poder tener la celebración de la Misa en casa y limitar el uso del hábito religioso a ciertas ocasiones. Salían a Misa a una iglesia cercana, aunque sí contaban con la Presencia Eucarística en el oratorio privado de la comunidad.

“La casa, situada al fondo de la plazuela de Villamil, forma un gran cuadrado de dos pisos- recuerda una de las primeras alumnas- Del primer piso sólo la sacristía y la capilla están ocupadas por las madres. Alrededor del inmenso patio hay varios inquilinos, entre los cuales un pobre loco y un carpintero; sobre la calle una botica y otros establecimientos. La hermosa escalera doble, de cantera, la usan sólo los sirvientes que llevaban a las niñas la comida de su casa; mientras ellas comen, los porteadores reciben una clase de catecismo, medio por el cual muchas encuentran el camino al redil del Buen Pastor. Los corredores del segundo piso son el único sitio disponible para los recreos y hay que inventar juegos apropiados al local, como aquel famoso de “las banderas”, o las “rondas” de las pequeñas. En una esquina, el cuarto de la M. Tomassini, punto estratégico desde cuyo balcón vigila personalmente la salida de las niñas. Para ello se pone un abrigo negro y un sombrero en forma de canasta, con ondas de marino negro sobre la frente. A esto añade los días de lluvia, un paraguas. ¡La lluvia de Villamil! La plazuela se inundaba totalmente y el boticario, el señor Patiño, brindaba generosamente el mostrador, haciendo colocar una tabla que llegaba desde allí hasta los coches. Aquel puente improvisado no es el de “los suspiros”, sino de alegre diversión para las niñas.

La noche de Navidad del primer año, se presentan los padres de familia a recoger a sus hijas; corren fuertes rumores de persecución. Sin embargo, pasada la amenaza, las niñas vuelven en enero de

1884 en número de 130. Pudiendo implantarse ya de lleno el Reglamento, la disciplina y las Congregaciones según los usos y costumbres de los colegios del Sagrado Corazón.

El domingo de Ramos de 1884 en la madrugada, estalla un incendio en una de las tiendas del primer piso. Un señor que regresa del teatro se da cuenta y, viendo que nadie responde a sus esfuerzos por alertar a los de la casa, saca la pistola y dispara contra una ventana. Esto despierta a las religiosas que, en un abrir y cerrar de ojos, ponen a salvo a las internas e incluso rescatan, entre la humareda, la ropa de las niñas para que puedan vestirse, en las casas hospitalarias que las acogen. El fuego se controla rápidamente. A la hora de la Misa, las religiosas, que han rehusado tomar algún refrigerio para no perder la comunión, se encuentran reunidas en la capilla, donde todavía humean las vigas ennegrecidas, para celebrar la fiesta del día, sin omitir siquiera la procesión de los Ramos.

A partir de noviembre de ese año, México deja de pertenecer a la Vicaría de Louisiana, sino que, junto con Puerto Rico y La Habana forma una nueva Vicaría a cargo de la R. M. Moran.

La situación política cambia al tomar nuevamente el poder el General Porfirio Díaz quien, aunque liberal, permite el culto y no interviene en los bienes y servicios de la Iglesia. Esta etapa de la dictadura de Díaz, tan discutida y cuestionable desde el punto de vista económico, político y social, permite sin embargo e desarrollo tranquilo de la obra de las religiosas. Es interesante y no deja de sorprender a quienes no conocen de cerca la realidad de México – en donde lo jurídico y lo legal no coinciden muchas veces con los hechos- ver lo que cuenta el diario de la casa sobre la ceremonia de Primera Comuni3n y Confirmaci3n, en junio de 1884: entre las niñas que comulgan por primera vez hay una cuñada del Gral. Porfirio Díaz, cerca de ella, una sobrina del Gral. Miram3n, fusilado en compa3nía del Emperador Maximiliano. En las bancas de los invitados se ven miembros de prominentes familias conservadoras y, tambi3n, de importantes familias liberales.

El 23 de abril de 1885 se pone la primera piedra del nuevo colegio, en la ribera de San Cosme, calle de la Tlaxpana n3mero 23. *“Las madres –recuerda una de las peque3as de entonces- iban en los coches facilitados por los padres de las niñas y éstas en los típicos tranvías de mulitas, vigiladas por una religiosa disfrazada con lo que ella llama su vestido “de mundo” y que debería llamar “de desprecio del mundo por amor a Dios”.*

El coche de Monseñor Labastida atraviesa el patio de fuente colonial y se detiene frente a la puerta del jardín. Ahí tienen lugar los primeros saludos, terminados los cuales vemos desprenderse del grupo, rápida como el rayo, a la M. Tomassini, en direcci3n al carruaje de Su Excelencia, para saludar con su efusividad italiana al cochero; es el mismo que, fiel a su patr3n, había seguido a Monseñor al destierro y había sido como él, huésped de Manhattanville.” Bendecida y colocada la piedra angular, se da principio a las obras que ampliarían la vieja casa que perteneci3 en otro tiempo al historiador D. Lucas Alamán.

En agosto se traslada la comunidad y, al fin, el 3 de octubre nos instalamos definitivamente en la nueva casa con las mil incomodidades propias de lo provisional, pues todavía no está terminada, pero que aceptadas con alegría y buen espíritu templan la voluntad y forman el carácter.

En la fiesta de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de 1886, la Congregación de las Hijas de María queda establecida solemnemente en México. Preparadas por un retiro fervoroso, las doce primeras congregantes pronuncian su consagración a María, al final de la procesión de azucenas. Este mismo año tiene lugar también el primer retiro para “las señoras de fuera”. El R.P. Rivas, jesuita, antiguo amigo de la Sociedad desde La Habana y mismo que hiciera sufrir a las fundadoras con su desconcertante reserva obligado por las circunstancias, es quien predica estos Ejercicios. Varias madres de familia objetan sus obligaciones domésticas que les impiden asistir, pero se les responde que para algo han metido a sus hijas en el Sagrado Corazón y, puesto que están en vacaciones, pueden perfectamente reemplazarlas. Estos retiros, así como la congregación de Hijas de María, tienen repercusiones efectivas en limosnas y obras de caridad tales como las permitía la época.

Entre las señoras que frecuentan la Tlaxpana, se encuentra Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, la esposa del Presidente, que preside también fiestas y distribuciones de premios en el pensionado y está llena siempre de una gran bondad para las religiosas. El General Díaz, por su parte, tiene también rasgos de gran bondad *“aunque no siempre de nuestro gusto – cuenta la M. Tomassini- ¿No se le ocurrió un día mandar un premio ‘a la alumna más charlatana’? Cuestión embarazosa tener que premiar por lo que habitualmente reprendemos... Pero el Espíritu Santo me inspiró: ‘El Presidente, dije a las niñas, ofrece un premio a la que hable mejor en clase... con más corrección y de asuntos relacionados con la clase’ Después de los premios, Doña Carmen entrega un hermoso collar a la elegida, que llena a la vez los requisitos del General y los nuestros...”*

En 1886 comienza también la construcción de la Escuela Gratuita, misma que se abrirá en 1889.

GUANAJUATO

Un sacerdote lazarista había fundado en 1882 una casa de educación llamada del Sagrado Corazón de Jesús, para que las hijas de las principales familias de Guanajuato pudieran recibir educación cristiana. Nombró tesorera de su obra a la señora Ma. Antonia del Moral de Jiménez, quien luchó con dificultades sin fin para sostener el pensionado. Un día cae en sus manos un periódico de la Ciudad de México, que habla de la instalación de las “Damas del Sagrado Corazón” en esa ciudad. Y piensa: “Me he encontrado maestras para mi pensionado”. Logra que su esposo la lleve a la capital y se informa de lo que debe hacer para obtener que las Religiosas del Sagrado Corazón puedan encargarse de su establecimiento en Guanajuato. Al saber que es necesario escribir a la Madre General, lo hace de inmediato, desoyendo la

advertencia de que “seguramente no habría personal para responder a su petición”. La respuesta de la Casa Madre es positiva. Meses después queda viuda y heredera de una gran fortuna, parte de la cual decide emplear en esta obra.

La R. M. Lehon pide en 1884 a la M. Moran haga una visita a Guanajuato para investigar este asunto. A su llegada, la R. M. Vicaria y su compañera son recibidas por la Sra. Jiménez, las maestras y alumnas del pensionado. Para tratar de la fundación han sido invitadas algunas familias de Guanajuato y asisten, además, el Gobernador del Estado, el señor cura de Guanajuato y el P. Amézquita. Se habla de las ventajas de la obra y la señora Jiménez ofrece comprar una casa situada en un lugar llamado la “Presa de la Olla”.

El 2 de junio de 1885 la R.M. Moran sale de México a Guanajuato, llevando con ella a las Madres Fesser y Hervitson, que serán las fundadoras. La casa de la Presa está perfectamente adaptada a las necesidades de la comunidad y del colegio. En el jardín hay una casita destinada a la Escuela Gratuita que puede empezar a funcionar al mismo tiempo que el pensionado, como son también los deseos del obispo. Este deseo, así como otros acuerdos base de la fundación, constan en el documento conjunto que Monseñor Barrios y la M. Vicaria firmaron en su primera entrevista, cerca de la ciudad de León, con ocasión de la primera visita de las Madres. De esta manera, la Escuela Gratuita de Guanajuato es la primera de su género en la República.

Una de las primeras alumnas del pensionado recuerda: *“Después de la bendición de la casa, solemnisísima, oficiada por el Obispo, rodeado de 12 sacerdotes, y con asistencia de las niñas del nuevo pensionado y de la escuela gratuita, sus familias, así como el grupito de religiosas que habían venido a unirse a las dos primeras, la fundación se considera un hecho.”*

Al día siguiente, 22 de julio, fiesta de Sta. María Magdalena cuyo nombre llevó la Fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón, comienza el año escolar con la misa del Espíritu Santo, a la que asistieron las niñas del colegio y de la escuela gratuita con sus uniformes y velos blancos.

“No había habido hacía muchísimos años una comunidad de religiosas en la ciudad, así que tenerlas es un gozo y una novedad. Ricos y pobres llevan a sus niñas para que las eduquen. Hay quienes se arrodillan para besar la mano o el rosario de las religiosas; un matrimonio antes de entrar a verlas pasa a la iglesia a pedir permiso al Señor para hablar con sus esposas; una niña de cinco años enseña el catecismo a sus padres y así se podría seguir, pues abundan los rasgos conmovedores...”

En cuanto a las religiosas, su punto de vista era diferente; hablando de esta ciudad minera, a la sazón en pleno florecimiento, dice una de ellas: *“Esta ciudad, tan entregada al lujo, debe atraer más que cualquier otra al interés de un corazón apostólico, pues peligros excepcionales ponen aquí en peligro la vida misma de las almas. Por lo tanto, es preciso esmerarse, ante todo, en extinguir la sed de placer y diversiones. A estas niñas, que desde la edad de diez años pasan la mejor parte de sus noches en bailes, se*

les propone abstenerse de ellos durante la novena de Navidad - ¡las famosas "Posadas"! - y la respuesta es tan generosa que varias familias influyentes renuncian a dar las mencionadas fiestas."

Las religiosas contribuyen también a organizar la gran misión, predicada en febrero de 1889 en la parroquia del Sagrado Corazón, cuyo éxito clamoroso es para ellas de gran consuelo espiritual. Mayor consuelo todavía es el que ofrece la congregación de Hijas de María, cuya extensión y desarrollo va más allá del círculo de las congregantes. Tal como la de aquella Hija de María que procura una misión a los trabajadores de la mina, en la que se producen conversiones espectaculares y otras por el estilo. Los Retiros también son pronto una obra floreciente. El Pensionado de Guanajuato no será nunca numeroso: las alumnas no pasan de 70 y las internas, de 20. En cambio en la escuela gratuita llega a haber alrededor de 200 niñas.

En 1887 la R. M. Fesser cae gravemente enferma y tiene que ser reemplazada por la M. Tomassini. La comunidad, formada casi toda por aspirantes, es fervorosa y ejemplar. El P. Croonember al hablar de la casa de Guanajuato dice: *"He admirado en las RSCJ el tacto, el celo, pero sobre todo la caridad que reina entre una comunidad compuesta de nacionalidades tan diferentes"*

Siendo superiora la M. Tomassini, la comunidad vivió una gracia de carácter extraordinario: La Madre Jordan, ecónoma de la casa, había caído gravemente enferma. Se trataba de una fiebre pútrida que exigía la inhumación inmediata apenas expirada la paciente. El desenlace se anunció con tal rapidez que fue preciso abreviar la ceremonia de la extremaunción. Sin embargo, en un ímpetu de fe y esperanza, se inició en la casa una novena volante a la Venerable Madre Barat. ¡Qué emoción, para la M. Tomassini, cuando terminadas las preces de la novena, vuelve al lado de la enferma y la encuentra sentada en la cama y asegurando hallarse en perfecta salud! Sus labios y manos, antes amoratados, habían recobrado su color natural. Las campanas de la casa tocaron al vuelo y el entusiasmo de religiosas y alumnas no conoció límites. La Madre Jordan recorría las clases saludando a todas con su habitual sonrisa... Detalle curioso: más tarde, como ecónoma de la casa, tuvo ella misma que pagar el precio del ya entonces inútil ataúd, al que hizo transformar en armario para su propia oficina.

El hecho de una curación tan súbita e inesperada, evidentemente milagroso, hubiera podido acelerar el proceso de beatificación de la Madre Barat, pero ciertas irregularidades que afectan a los certificados médicos, se interponen y antes de que pueda rectificarse el error cometido, muere el doctor que atendiera a la Madre Jordan².

² GUEVARA, M.T. Historia de la Sociedad en América Latina. Pág. 59-60.